

castigo, y anhelante el otro saciar sus torpes pasiones.

Y estos dos réprobos se acercaban al sitio en que gemia un ángel; un ángel indefenso.... un ángel á quien trataban de engañar con una libertad mentida, para arrojarlo en el cieno!

¿Triunfaron al fin?

Los acontecimientos que iremos narrando darán contestacion á esta pregunta.

CAPITULO XXII.

De la mesa á la boca....

El ejército mexicano que tan bizarramente habia combatido en la Angostura contra las mejores tropas norte-americanas, se dirijia á México despues de haber permanecido en San Luis algunos dias descansando de las fatigas de aquella gloriosa, aunque sangrienta expedicion.

Era necesario atender á la parte de Oriente, per donde el general Scott se presentaba amenazante con las tropas invasoras que se habian apoderado de Veracruz, y los infatigables soldados mexicanos, que habian luchado en la Angostura, marchaban, ha-

ciendo jornadas increíbles, al encuentro del enemigo.

Después de muchos días de incesante marcha, llegaron á una jornada de la capital, y la esperanza de que iban á descansar en ésta algunos días, les hizo olvidar todas las pasadas penas y privaciones.

Los oficiales mexicanos caminaban contentos, halagados con la risueña idea de que dentro de muy breves horas tendrían el gusto de abrazar á sus familias, que les esperaban con impaciencia.

En la vanguardia, y como deseando ser los primeros en saludar á la hermosa ciudad de México, marchaban á caballo, y á un lado de la tropa, dos jóvenes de simpática figura: eran un elegante capitán, en cuyo rostro se dibujaban la franqueza y los nobles sentimientos del corazón, y otro, cuyo sencillo uniforme indicaba pertenecer al cuerpo médico del ejército.

—Cuanto mas cerca estamos de México, mas largo me parece el camino, querido Rafael.

Dijo el simpático capitán, dirigiendo la vista á su compañero.

—Y eso, D. Juan, que no tiene vd. en ella ninguna deber sagrado que cumplir, como tengo yo á quien un malvado arrebató su felicidad.

—Cierto: pero como he formado empeño en ayudar á vd. á encontrar de nuevo esa felicidad, mi impaciencia por contribuir á ella, crece á medida que nos acercamos, á donde espero que la encontrará vd.

—Gracias, amigo mio.

—Si vd. hubiera escrito á Nuñez ó á Leopoldo, diciéndoles en poder de quién gime cautiva la joven desgraciada que le arrebataron á vd. de su lado, cuando estaba próximo á unirse á ella, todo estaria ya terminado, y Luz se hallaria libre del poder de ese infame Willey, á quien vd. juzgaba un excelente amigo.

—No, D. Juan: no convenia que yo confiase ese secreto á una carta, y ya le he dicho á vd. otras veces las razones que he tenido para ello.

—Sin embargo....

—No, D. Juan. Willey, á quien ahora desgraciadamente conozco por un perverso, habrá tomado todas las precauciones que toman los malvados para que no se descubran sus delitos, y estoy seguro que una de ellas seria interceptar todas las cartas que se dirijieran á Nuñez y Leopoldo, con quienes sabe me une una amistad íntima.

—¿Y si no ha cruzado por su mente esa idea?

—Si no ha cruzado, podia cruzar, y yo estaba en la obligacion de evitar nuevos males.

—Cierto.

—Yo queria caer sobre Willey, como cae la voz de Dios sobre la conciencia del criminal, á quien nadie ha visto cometer su crimen; y aunque es cierto que para conseguirlo me he esperado sufriendo las penas mas terribles, no estoy arrepentido de mi silencio, puesto que se acerca el instante de presentarme á él, que tal vez saldrá á recibirme, bien ageno de pensar que he descubierto su inícua maldad.

Y no se habia engañado Rafael. Willey,

como él se habia figurado, ocurría todos los dias de correo á la estafeta, para ver si venia alguna carta para Nuñez ó Leopoldo, y apoderarse de ella.

La prevision, pues, de Rafael, habia sido salvadora.

—Yo me alegraré—dijo D. Juan—que como vd. se imagina, Willey, lleno de confianza, y fingiendo una verdadera amistad, salga á recibir á vd. para que nos ahorre el trabajo de buscarle.

—Sí, vendrá, no tenga vd. duda de ello: vendrá á decirme que no ha perdonado medio alguno para descubrir el paradero de mi amada Luz; que ha recorrido toda la ciudad; que ha escrito á sus amigos; pero que todo ha sido inútilmente.... Sí, vendrá á decirme esto como me decía cuando yo no dudaba de su sinceridad.... Pero ahora que conozco su traicion; ahora que conozco su infame alma, su perfidia y su traicion.... ahora me apoderaré de él, le diré que es un infame, y no le soltaré hasta que no me lleve al sitio en que tiene al sér mas puro de la tierra.

—Y yo acompañaré á vd. para que no lo-
gre escaparse de sus manos, en caso que lo
intente.

—Bien, amigo mio.

—Así va á recibir antes el golpe que el
amago.

—Escribiendo hubiera espantado la caza,
y así caigo sobre ella, que viene á colocar-
se bajo mis tiros.

—Sí; ahora que veo próximo el desenla-
ce de este drama, conozco que la prudencia
exigia obrar de la acertada manera con que
vd. ha obrado. Escribir á Nuñez ó á Leo-
poldo, encomendándoles obrar en el asun-
to, hubiera sido exponerse, en efecto, á que
la carta hubiera sido interceptada por Wil-
ley, y á que éste se pusiese en salvo, lle-
vando á Luz á otr^o sitio que no hubiéramos
descubierto jamás.

—¡Oh! ¡estoy impaciente por llegar! Ca-
da instante me parece un siglo que me falta
para salvar á la mujer que adoro.

—Pero siglo en que nada debe vd. temer
por su virtud, ni por el cambio de su amor.

—¡Oh! eso no. ¿Puedo dudar ya de la

fortaleza de su alma, ni de su invariable
pasion, cuando los caracteres trazados so-
bre este pañuelo, que siempre llevo junto
al corazon, me demuestran su fé ardiente y
su constancia? ¿No dice en ellos—añadió
sacando el pañuelo en que estaban trazados
aquellos caracteres—que aborrece á Wil-
ley, el cual jamás conseguirá vencer su
virtud?

Y Rafael besaba aquel precioso lienzo
en que habia escrito tan consoladoras pala-
bras la desventurada Luz.

—Sí; y la resolucion de una mujer vir-
tuosa y enamorada, nadie es capaz de cam-
biar en el mundo.

—No, nadie; y Luz es una de esas muje-
res tiernas y sensibles, que prefieren la
muerte á cualquier accion que no esté en
armonía con el deber de la conciencia.

—Y su constancia encontrará bien pron-
to la justa recompensa.

—¡Oh! sí.... dentro de poco podré salvar-
la.... estrecharla contra mi corazon.... vol-
verla al lado de sus amados padres, y espe-

rar en la felicidad que habia huido de mi alma!

Y Rafael, animado con aquella dulce idea, caminaba impaciente por llegar á México.

Sus ojos estaban fijos en el rumbo por donde de un instante á otro se esperaba descubrir la grandiosa ciudad con las elevadas torres de sus magníficos templos.

Don Juan, lo mismo que él, miraba hácia el fin del camino, esperando que se presentase á su vista la suntuosa capital de los antiguos emperadores aztecas.

Tambien él tenia recomendables personas á quienes visitar, y entre ellas se contaban las que formaban la familia de la hermosa Elisa, cuya hija Teresita era el tierno pimpollo que, como dijo á Rafael cuando marchaban á la Angostura, habia elegido para que, mas tarde, cuando fuese flor delicada y bella, embalsamase los felices dias de su existencia.

La de D. Juan no era mas que una idea que habia cruzado por su mente cuando fué presentado por el indio Pablo en casa de Elisa; pero aunque no era mas que una

idea que no podia inquietarle en lo mas mínimo, sin embargo, deseaba llegar pronto á México, para ver los progresos que en belleza habia hecho aquel tierno capullo, que manifestaba ostentar con el tiempo todos los atractivos de la mujer que le dió la vida.

El de Rafael era un deseo vehemente; una necesidad la de llegar á México.

El de D. Juan era un capricho, una curiosidad sin importancia.

Pero á este capricho y esta curiosidad se agregaba otro motivo muy poderoso en D. Juan para llegar á México.

Apreciaba con todas las veras de una sincera amistad á Rafael, y queria ver el fin de sus padecimientos.

Este noble sentimiento le obligaba á tener fija la vista en el extremo del camino, por donde esperaba ver presentarse la ciudad.

Rafael marchaba con el mismo afan.

De repente, creyó descubrir por entre los claros de los árboles y perdiéndose entre las nubes, las torres de un suntuoso templo que se presentaba en el horizonte.

Rafael contuvo la respiracion, miró con ávidos ojos, temiendo engañarse, y convencido de que no se equivocaba, exclamó lleno de júbilo:

—¡Allí está México!

A estas palabras, toda la vanguardia fijó la vista en el rumbo de la capital, y prorumpió en exclamaciones de alegría.

Rafael, henchido de placer y de esperanza, estrechó la mano de D. Juan.

En aquellos instantes, un ayudante del general, llegó corriendo á donde estaba el jefe que mandaba la vanguardia, y le comunicó una orden.

El jefe mandó á su tropa dar media vuelta á la derecha, y el ejército empezó á contramarchar por el camino que habia traído.

¿Qué habia pasado?

Lo diremos en breves palabras.

Veracruz habia caído en poder del invasor, quien marchaba avanzando sobre México: para contener su marcha era preciso oponerle una barrera, y esta barrera era el ejército.

Santa-Anna, con una actividad que le

honrará siempre, habia organizado una fuerza respetable, y la habia enviado al encuentro del enemigo. Conociendo, sin embargo, que aquella fuerza no era suficiente, envió un extraordinario al general que venia de S. Luis, para que, sin entrar á México, se dirigiese al camino de Veracruz, cortando por Zumpango.

Esta orden fué obedecida en el acto, como hemos visto; y aquellos sufridos soldados que hacia un instante habian acariciado la dulce idea de descansar en México, se vieron precisados á alejarse; sucediendo á la esperanza de descanso, la realidad de nuevas penosas marchas, para ir de nuevo á luchar en defensa de la patria.

Rafael, al tener que renunciar á sus sagrados proyectos, y ver desaparecer de nuevo á sus ojos las altas torres de los templos de la ciudad, donde dejaba á su amada en poder de un malvado, exhaló un profundo suspiro, inclinó la cabeza sobre el pecho, y caminó en su caballo, ocultando las lágrimas que brotaban de su pensativo corazón.

D. Juan trató de consolarle; pero ¿qué

fuerza podian tener sus palabras, cuando el alma estaba herida de una manera repentina, íntima y terrible?

¿Hay acaso consuelo posible para un corazón en que se acaba de derramar toda la amargura reservada á los desgraciados?

Rafael habia acariciado la esperanza de salvar, dentro de breves instantes, á la mujer que amaba, y aquella esperanza miró alejarse, al perder de vista las torres de la ciudad en que gemia cautivo el ángel de su amor.

El desventurado jóven volvió á pensar en que dejaba en poder de un malvado al sermas puro de la tierra, y tembló en llegar tarde ya para salvarlo.

¿No podia Willey valerse de un medio infame para manchar su honor?

Rafael se vió sorprendido por esta idea, y tembló.

¿Volveria á tiempo para salvar á su amada?

El desventurado volvió á exhalar otro suspiro, y caminó en silencio, entregado almas profundo dolor.

No sabia el desgraciado, el medio infame que habia dispuesto Willey para triunfar de la virtud de la mas pura de las jóvenes.

No sabia que en los mismos instantes en que él se veía precisado á alejarse para ir á combatir en defensa de la patria, el doctor tenia preparada una lujosa estancia para la desventurada Luz, adornada con vistosas sillas y butacas de construccion diabólica, que la privarian de toda defensa.

No sabia nada de esto, ni tampoco sabia que al siguiente dia, Willey habia dispuesto ponerse en camino para Veracruz con Duval, donde se embarcaria para Europa, dejando á Luz entregada á la vergüenza y á la desesperacion. No, nada de esto sabia Rafael, porque á haberlo imaginado siquiera, hubiera abandonado en el instante sus filas, y hubiera corrido á salvar á su amada, aun cuando le hubieran fusilado luego por desertor.

Pero el valiente jóven estaba muy lejos de saber el peligro inminente en que se hallaba el honor de su idolatrada Luz, y persuadido de que el encuentro con los inva-

sores no podía tardar muchos días, quiso esperar á que se efectuase, para que no se pudiese atribuir su ausencia á cobardía, y volar despues á salvar á su amada.

Y esto sucede siempre. Mientras los hombres de hidalgos sentimientos, se constituyen en esclavos de su deber, y se sacrifican en aras del honor, los malvados, poniendo en juego todos los ardides, aprovechan los instantes y las ocasiones para alcanzar sus inícuos fines.

Y esto acaecia con Rafael y Willey.

El primero, por cumplir con el deber santo de defender la patria, aplazaba para otro día el asunto mas importante para su corazón.

El segundo, sordo á la voz de la conciencia, aprovechaba aquellos momentos en disponer todo lo necesario para triunfar de la virtud de Luz.

Rafael marchaba al encuentro de los enemigos de la independencia de su país.

Willey, acompañado de Duval, salia, como hemos visto, de la *jamaica*, y se dirijia

á la prision en que gemia su inocente víctima, para alcanzar, por la astucia, lo que no consiguió por el rigor ni por las amenazas.

¡Pobre Luz!